

15. Volver al rebaño sobre los hombros de Cristo

“Imite también el misericordioso ejemplo que da el buen pastor” (RB 27,8).

Decía que san Benito fijó los ojos en Jesús, Pastor misericordioso, y cuando pide al abad imitar el piadoso ejemplo, lo primero que le pide de hecho es que también el abad aprenda cómo debe ser y actuar, “teniendo la mirada fija en Jesús, aquél que da origen a la fe y la lleva a cumplimiento”, como leemos en la carta a los Hebreos (Heb12,2).

La misericordia de Dios, antes de ser para nosotros una exigencia moral, un mandamiento, una tarea a asumir, es la luz que irradia de Dios mismo, la luz de su presencia en medio de nosotros, la luz, por lo tanto, del rostro de Cristo y de su vida. Quien mira a Cristo, quien lo contempla, quien acoge el Evangelio, se deja irradiar por la misericordia del Padre y el Espíritu Santo nos da la gracia de reflejar esta luz en las relaciones con el prójimo, cualquiera que sea, especialmente el prójimo herido, perdido, y también el prójimo que es enemigo.

Por lo tanto, cuando en este capítulo 27 de la Regla Benito se pone a describir al buen Pastor lo hace contemplando a Cristo, y ve en esta figura todo el misterio del Hijo de Dios encarnado, toda su vida compartida con nuestra humanidad, ve su pasión y muerte, y su resurrección. Cristo es la revelación de toda la caridad de Dios. San Benito, durante su permanencia en Roma, pudo probablemente ver las imágenes del buen Pastor del arte paleocristiano, en las catacumbas y en los sarcófagos, o en los primeros mosaicos. Cuando dice que Jesús lleva la oveja perdida “sobre sus sagrados hombros” (RB 27,9), piensa ciertamente en Jesús que lleva la Cruz. El “llevar” de Jesús, el “llevarnos” de Jesús, es sagrado, es expresión de su divinidad, porque “Dios es amor” (1Jn 4,16).

Decía en el curso de los Superiores de la Orden Cisterciense, comentando la parábola de la oveja perdida de Lucas 15,3-7, que he descubierto solo recientemente que una oveja no es tan ligera como parece en tantas estampas románticas del buen Pastor, donde parece que pueda saltar entre las montañas silbando alegremente. Una oveja adulta, y son sobre todo las “ovejas adultas” las que se pierden, pesa entre los 45 y los 100 kg. Es decir, como una persona humana. Llevarla es un gran cansancio, un sacrificio. Ya pienso en esto cuando me toca sostener a personas psicológicamente “pesadas”, y, sobre todo, pienso a quien ha soportado y me soporta a mí, que sé que soy bastante más pesado psicológicamente que en mi peso físico, que ya es bastante...

Jesús sabía lo que decía cuando hablaba de llevar la oveja sobre los hombros, porque había crecido en medio de las ovejas y, seguramente, la Sagrada Familia de Nazaré tendría algunas ovejas o cabras, además del burro y algunas gallinas. A veces es bueno poner el Evangelio sobre un plano real, sobre todo para quienes entre nosotros que viven en regiones y ciudades donde se puede estar años sin ver una oveja, una gallina, y todavía aún menos un burro o un camello. Porque el realismo del Evangelio es lo concreto del amor de Dios por cada uno de nosotros, y todos necesitamos de lo concreto, como cuando Jesús, después de haber resucitado a la hija de Jairo, no dice que vayan al templo a cantar el *Te Deum*, sino que la den de comer... (Mc 5,43; Lc 8,55).

El Señor nos lleva. Nos lleva como Señor, como *Kyrios*, como Dios. Los hombros del buen Pastor son “sagrados” porque es Dios el que nos lleva. Ya lo recuerda al pueblo el Deuteronomio: “El Señor, tu Dios, te ha llevado como a un hijo por todo el camino” (Dt 1,31b). No nos lleva solamente como puede sostenernos un asistente social, un psicólogo, cualquier persona generosa: nos lleva como Dios, en cuanto Dios. Y esto quiere decir que en el dejarnos encontrar y llevar por Cristo, hacemos una experiencia de Dios. En la misericordia, hacemos una experiencia de Dios, muy íntima y constante, como los niños que veo en Etiopía, Eritrea y Bolivia, que las mamás llevan todo el día a la espalda, participando de todo aquello que hace la mamá, yendo donde va la mamá. Dios nos lleva así, o quisiera llevarnos así.

Pero es aún más intensa la manera en que representa Benito el “llevarnos” de Cristo buen Pastor, porque cuando nos lleva, el Señor hace solo esto, se dedica completamente a llevarnos, es su trabajo, su actividad exclusiva. En efecto, ha dejado todo, todo el rebaño, para dedicarse solo a buscar y llevar la oveja perdida.

Pero el llevarnos de Cristo tiene también una dirección. Es un “llevar” que “lleva otra vez”, reconduce la oveja al rebaño: “Se va en busca de una sola que se había extraviado; cuyo abatimiento le dio tanta lástima, que llegó a colocarla (*inponere*) sobre sus sagrados hombros y llevarla otra vez (*reportare*) así consigo al rebaño” (RB 27,8-9)

Dios “se digna” ponernos sobre sus hombros. Porque es un gesto de humildad: Dios se pone debajo de nosotros: quien carga sobre los hombros, “soporta – *sub porta*”, lleva desde abajo. Un niño que el papá pone sobre sus hombros, se encuentra más alto que su papá.

Cristo nos pone sobre sí, nos “impone” a sí, escribe Benito: “*in sacris humeris suis dignaretur imponere*”. La misericordia, la compasión, es un servicio, un hacerse siervo, como lavar los pies. No hay misericordia sin humildad, sin la dulce mansedumbre del corazón de Cristo, la que nos enseña a llevar su yugo, que es justamente el yugo de la caridad fraterna que lleva los pesos los unos de los otros. “Cargad con mi yugo y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11,29-30).

Pero todo esto, escribe Benito, es para “volver a llevar” la oveja perdida al rebaño. La misericordia, como decía, soporta para volver a llevar. Esto quiere decir primeramente que la paciencia del buen Pastor nos debe ayudar a hacer un camino, un camino de vuelta al rebaño. Que quiere decir también de vuelta al Padre, porque el Padre es el Dueño de las ovejas, y volver y permanecer en el rebaño quiere decir volver y permanecer en la casa del Padre. Como lo expresa Jesús en el capítulo 10 de Juan: “Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas mi siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. El Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,27-30).